

# La espuma de los días El clic que fijó (¿inmortalizó?) a seis comensales

José de la Colina

Va una foto, ¿de cuántos años atrás?, que no tiene al dorso fecha ni anotación del lugar y ahora es una imagen fantasmal. Y recuerdo o creo recordar la ocasión. Algunos redactores de la revista *Nuevo Cine* (interrumpida en el número 7, de agosto de 1962) y otros amigos de Luis Buñuel, nos reuníamos cada mes en el restaurante Charleston de don Tino. Aquellos eran pequeños banquetes en que comíamos sesos de cabrito asados en el cráneo mismo del animal y bebíamos un riojano vino tinto de una marca que no he vuelto a encontrar.

Esa vez de la foto, durante la sobremesa, es decir, en el final del rito civilizado y cordial de la comensalidad, cuatro de los seis personajes presentes: Emilio García Riera, Tomás Pérez Turrent, Luis Buñuel y Alberto Isaac, ostentaban otros tantos cigarros puros que fumaban a todo tren, mientras Arturo Garmendia (decapitado por el apresurado encuadre) y yo, absteniéndonos de producir humo, festejábamos también algún comentario chistoso que don Luis comunicaba a Alberto con gesto de complicidad y un susurro que más bien sonaba a “trueno susurrado”.

Para tomar esa foto tuve que hacer una pequeña y veloz pantomima: montar el aparato fotográfico en un trípode (que algunos prefieren llamar trípode, acaso porque suena más culto o siquiera más técnico), activar el disparador y correr a situarme con un aire de naturalidad al lado del grupo antes de que el clic me expulsara de la imagen.

El momento se habrá dado en 1974, un año después de que Buñuel había filmado *El discreto encanto de la burguesía* en los estudios Billancourt de París, donde lo visité para hacerle un reportaje que



Luis Buñuel con Emilio García Riera, Tomás Pérez Turrent, Alberto Isaac, Arturo Garmendia y José de la Colina

se publicaría en *Excelsior* (el que dirigía Julio Scherer); y recuerdo muy vivamente que cuando vi al cineasta emplear, quizá por primera vez en su caso, un monitor de televisión adjunto a la cámara filmadora (con el fin de observar un plano general de la escena tal como se vería luego en la pantalla), me hizo gracia que don Luis indicara los movimientos a los actores señalando con el dedo índice sus figuras en la pantallita televisora que parecía subyugarlo como a un niño con juguete nuevo, provocando que los actores se desconcertaran y se mirasen unos a otros casi asustados porque, hallándose algo distantes del director y las dos cámaras, no sabían para quién precisamente iban aquellas órdenes emitidas con un “susurro de trueno”.

Mi foto de 1974 (¿una especie de *selfie*?) es fantasmal, como en mayor o menor medida les ocurre a todas las fotos, pero espero que conserve un leve latir de vida, y en silencio le pregunto a cada uno de los fotografiados qué estaría ocurriendo en ese momento que el clic quiso fijar, acaso “inmortalizar”. ¿Qué broma había ocurrido?, pues don Luis era aficionado

a las bromas, fuesen hechas por él o por otros. ¿O qué picante chiste o qué gracioso recuerdo o qué cándido chisme era el que comunicaba don Luis a Alberto y que nosotros también oíamos, puesto que al parecer eran festejados por todo el grupo? Y tras encontrar por casualidad (dentro del caos reptante que es mi cuarto de escribir y de dormir) la foto que creía perdida, al recuperar ese “icono”, en el cual tal vez se perciba la amistad, la convivialidad, la comensalidad de los allí captados, me acuerdo de una secuencia de *El séptimo sello*, de Ingmar Bergman, en la que el señor feudal de regreso de una Cruzada, sentado en la hierba entre unos humildes cómicos de la legua y en el esplendor de la luminosa tarde estival, ríe porque respira esa fugaz dicha, porque celebra sentirse fugazmente olvidado por la muerte “en persona” que lo ha acompañado durante todo el camino, y alza en las manos un cuenco rebosante de leche y fresas silvestres para brindar por el triunfo de estar vivo y entre amigos... aunque sólo sea durante un parpadeo del tiempo. **U**